

El legado origenista: poesía y amistad

Josefina de Diego
Narradora cubana

No soy una especialista en la obra de José Lezama Lima. La intención de este trabajo es transmitirles mis recuerdos sobre la amistad que existió entre Lezama y mi padre, Eliseo Diego y, también, entre otros miembros del Grupo *Orígenes*, ya que tuve el privilegio enorme de convivir con esta “constelación” de amigos desde muy niña. Esta íntima relación, familiar en muchos casos, se prolongó durante toda la vida y sólo la muerte la pudo interrumpir.

Mi padre vivió desde que nació hasta los nueve años en la quinta “Villa Berta”, en el pequeño pueblo de Arroyo Naranjo, a unos veinticinco kilómetros de la ciudad de La Habana. Esta finca era propiedad de sus padres, Berta Fernández Cuervo y Giberga y Constante de Diego González. La casa la construyó mi abuelo, con la ayuda de los empleados de su mueblería y joyería, la Casa Borbolla, y sembró todos los árboles de la quinta. Su casa y su jardín eran una verdadera obra de arte: un bosquecillo “misterioso y encantado”, lleno de poesía y belleza. En 1929 mi abuelo quebró y tuvieron que alquilar la casa y mudarse a un pequeño apartamento en el Vedado. En 1953 mi madre quiso regresar a la finca para que sus tres hijos crecieran en el lugar donde mi padre había sido tan feliz. Allí vivimos hasta 1968, fecha en que tuvimos que abandonarla definitivamente.

En este jardín, todos los domingos, se reunía la familia: tíos, primos, amigos de mis padres. También, en muchas ocasiones, celebraban juntos la Navidad y Fin de Año. En aquellas tertulias dominicales, lo mismo se leía poesía, se escuchaba buena música, se jugaba ajedrez y croquet, o se hacían representaciones teatrales. Todas estas actividades se mezclaban armoniosamente con nuestros juegos infantiles como la cosa más natural del mundo. Aparte de los tíos verdaderos, Cintio Vitier y Fina García Marruz, teníamos otros “tíos postizos”: Lezama,

Agustín Pi, Octavio Smith, Gastón Baquero, Julián Orbón, el Padre Ángel Gaztelu, que conforman lo que yo llamo *mi* Subgrupo *Orígenes*.

Lezama, Gaztelu y Gastón eran de una generación anterior a la de mis padres. Cuando ya Lezama era un escritor reconocido y famoso, mi padre comenzaba a escribir. Su primer libro fue de cuentos, *En las oscuras manos del olvido*, que publicó en 1942 a la edad de veintidós años, en una edición casera, hecha por mi madre, Bella García-Marruz, su hermana Fina y Cintio. Mi padre y Cintio estudiaron juntos en el Colegio La Luz, y ya en la Universidad, conocieron a “las hermanitas Marruz”, como las llamaban cariñosamente. Se hicieron novios enseguida y se casaron años después, matrimonio que duró toda la vida. Los cuatro novios se reunían en la casa de mamá y Fina, en Neptuno 308 entre Águila y Galeano, y a sus reuniones comenzaron a asistir Octavio Smith, Agustín Pi, Julián Orbón y, más tarde, Gastón Baquero, junto a otros amigos escritores y pintores. Lezama nunca fue, y una vez dijo que a menudo caminaba por Neptuno, pues sabía que allí se reunían y tenía la ilusión de, un día, ser invitado. Ya Lezama había hecho las revistas *Nadie Parecía*, *Verbum* y *Espuela de Plata* pero ni mis padres ni Fina lo conocían y con Cintio la relación era, prácticamente, formal. Gastón y Cintio publicaron en *Espuela de Plata* —papá no formó parte de esa revista y solo publicó la traducción de un poema de Walt Whitman, hecha conjuntamente con Cintio— hasta que, debido a una desavenencia entre Gastón y Lezama, ambos, Cintio y Gastón, decidieron abandonar la revista. Contaban mis padres y mis tíos, risueños, que en el editorial del número siguiente a la ruptura que fue, además, el último, Lezama escribió que ahora la revista salía “más nítida y fragante”. Cito el último párrafo: “Para mostrar más centro y concentración *Espuela de Plata* ha tenido que verificar algunos cambios, pero todos de poca importancia, y que en nada alteran la propia impulsión, el perfil y la estela de la revista. Y así se muestra ahora y queda al fin más nítida y fragante” (*Espuela de Plata*, No. G, La Habana, agosto 1941). Lezama se avergonzaba un poco cuando le recordaban esto, pero todo era parte de un juego. En 1943 mis padres, Cintio, Fina, Gastón y otros amigos, comenzaron a editar la revista *Clavileño*. De *Clavileño* se publicaron siete números, todos costeados por los jóvenes escritores, en el período de 1942-1943. En 1944 comenzó “la aventura de *Orígenes*”, pero no fue hasta 1946 que mis padres, Cintio y Fina, entraron en contacto directo con Lezama.

Los cuatro jóvenes admiraban muchísimo a Lezama, a Gastón, a Gaztelu. Recuerdo que mi madre me contaba que, cuando ella y Fina conocieron a Gastón en casa de unos amigos músicos, se quedaron deslumbradas. Esa noche Fina le preguntó a mamá qué le había parecido Gastón y mamá le respondió: “¡jun Dios!”. A Lezama lo conocieron después. En una entrevista que le hice a mi madre cuando me encontraba escribiendo un libro sobre mis recuerdos de infancia, *El reino del abuelo*, le pedí que me dijera cómo había conocido a Lezama. Les transcribo el fragmento de la entrevista donde lo cuenta:

Un día yo le quería llevar un libro a tu padre al balneario de San Miguel de los Baños, él estaba enfermo y se encontraba pasando una temporada allí. Fui a la librería “Minerva” que estaba a la entrada de la calle O’Reilly, frente a “La Moderna Poesía” y le pedí a Pedro, el librero, *La mujer pobre*, de León Bloy, lo pronuncié “Bloi”, para que me entendiera, pero Pedro era sordo y no me oía. En el momento que yo le gritaba, “¡Pedro, León Bloi, Bloi!”, entró Lezama en la librería y le dijo: “Pedro, León Bloá”. ¡Figúrate! El corazón se me quería salir. Pedro no tenía *La mujer pobre* y fuimos a “La Victoria”, que era otra librería que estaba por Obispo. Fuimos caminando, Lezama y yo, conversando. Él sabía perfectamente que yo era Bella García-Marruz, pariente de los poetas. Lezama iba diciendo cosas increíbles sobre mí y fue entonces que me dijo: “¡Ay, qué alegría ir contigo, ‘una muchacha hecha Rilke!’”. Yo no sabía qué decirle porque, fundamentalmente, lo que yo quería era llevarle la noticia a tu padre. Conversamos mucho, le pregunté muchas cosas para que él me hiciera esos cuentos suyos, se diera gusto hablando, yo quería que fuéramos amigos. En aquella época yo era una *monita sabia*, como tú sabes, estaba al día en todo y a Lezama no se le podían decir boberías, era un hombre cultísimo. En “La Victoria” estaba *La mujer pobre* y, cuando lo fui a pagar, me dijo: “No, déjeme regalárselo”. Se lo acepté y cuando me lo fue a dedicar, le dije: “¡Ay, Lezama!, yo quisiera que Usted me lo regalara a mí y a mi hermana, porque a ella le va a dar una alegría muy grande”. La dedicatoria dice: “A las hermanas García-Marruz, a su distinción y a la gracia exquisita de su temperamento”, J. Lezama Lima, Marzo 1946”. Le pedí que fuera a casa, que teníamos que vernos, que no había ninguna razón... ¡qué sé yo! Y así fue como se rompió el hielo con Lezama.

Entre los tesoros que mamá le llevó a mi padre a San Miguel de los Baños también estaba la nota que Lezama había escrito en el último número de la revista *Orígenes* sobre su segundo libro de cuentos,

Divertimentos. Era un artículo sumamente elogioso en el que Lezama terminaba afirmando:

La complacencia que me ha entregado este libro de Eliseo Diego, solo puedo compararla a la de algunos festivales nocturnos levantados por Zabaleta o a la del baile sorprendido de Alain Fournier. Su fragancia y su pureza han creado una fauna bruñida por el rocío. No conozco, en la historia de la prosa cubana de los últimos veinte años, un libro de tanta claridad hechizada. (Orígenes, Año III, 1946)

En una entrevista que le hiciera Félix Guerra, publicada en la revista *Bohemia* (La Habana, 5 de agosto de 1994, Año 86, No.15), Lezama comenta la cálida amistad que le unió a mis padres y a mis tíos, Cintio y Fina:

Amo entrañablemente a mis detractores, así que imagine mi cariño y gratitud para quienes compartieron el vivir con esta mole de toses que no frena el hablar. Desde los años mozos y hasta hoy vengo estimando unas personas que perviven algo así como encadenadas en mi subconsciente, porque entre ellos hay nexos y porque los conocía casi en grupo y durante sus respectivos romances, que duran hasta nuestros días. Eliseo Diego y Cintio Vitier en perpetua luna de miel con Bella y Fina García Marruz. Amistad repujada en el cobre cobrizo de una mina inagotable, hecha de exquisiteces y maravillas. De ellos siempre he podido esperar casi cualquier cosa estupenda o insólita, desde una flor recibida a una dada, hasta una rapsodia de Mozart oída a ocho orejas en la trampa térmica de los alacranes.

El humo diviniza la imagen de Eliseo en su discurso inaugural de *En la Calzada de Jesús del Monte*, cuando el incienso opulento y sobrio hace escaladas y la espiral definitiva de esa lectura queda adherida a la hidra matriz de la poesía.

Cintio ha sido un perenne viajero de la esperanza, un golondrinerero estanciado y sedentario que hecha a volar pájaros con el dorso púrpura de su lengua. Es el soñador urdiendo en la filigrana, acarreando polen en el entresijo florecido del monte. Su fe no se detiene ni hace caso a los límites, porque es un risueño promisor y una criatura confeccionada de sucesivos candores. Incluso sus bravuras estuvieron siempre untadas del rocío vespertino de quien no guarda rencor ni para las alimañas.

Bella era y es bella, en el buen sentido de la palabra bella, una pasajera con pañuelo en la barandilla y un adiós y un beso listos para

cuando llegue la primavera: su endiablada bondad es capaz de roer todos los barrotes.

Fina cierra este desfile de amores, tocando el tambor de la ternura. Aunque, por supuesto, en las antípodas de su calavera, es el temperamento ardiente que nadie puede imaginar: su caldo fue aderezado con noble perejil, ruedas de limón, jengibre iconoclasta, kilogramos de dulzura, la suavidad culinaria del lápiz labial y una pimienta de exportación, contenida y explosiva. Sus páginas escritas producen el arrobamiento de quien lee auténticas y cercanas ondas expansivas, decoradas con los colores de su bandera.

Lezama es ampliamente conocido por sus libros, ensayos, antologías. En Cuba y en todo el mundo se le estudia y admira y los jóvenes se acercan a él con verdadera devoción y respeto. Pero existe una faceta de la personalidad de Lezama que no todos conocen. Lezama era un hombre de una conversación apasionante y culta, irónica y burlona, pues tenía un sentido del humor muy fino y personal. Era un hombre muy erudito pero, también, un gran fabulador, y podía estar horas desarrollando teorías complicadísimas sobre los temas más increíbles, citando a filósofos, teólogos y científicos de diferentes épocas, reales o, simplemente, inventados por él. Les voy a relatar algunas anécdotas que contaban mis padres y tíos y que retratan estas facetas de su personalidad:

Una tarde caminaban Lezama y Gaztelu por el Paseo del Prado y Lezama le iba desarrollando al Padre una teoría suya sobre el Infierno: afirmaba que el Infierno existía pero estaba vacío y, para demostrar su teoría, citaba a filósofos reales y otros totalmente desconocidos para Gaztelu. Después de oír durante un rato la documentada disertación de Lezama, el Padre, irritado, le dijo, con su característico acento navarro: "¡Basta ya, Lezama, de hablar tanta bobería!" y Lezama le respondió: "Padre, déjeme Usted con mis boberías, que no le hacen daño a nadie, yo soy católico a mi manera", a lo que el Padre, rápido, le ripostó: "¡Que es la única forma de no serlo!".

Lezama acostumbraba a utilizar el "Usted" cuando quería decir algo solemne o importante. Ya Cintio se había dado a conocer con varios poemarios, pero mi padre sólo había escrito cuentos y no se decidía a publicar sus poemas. Los leía en la casa de las hermanas Marruz, donde se reunían los cuatro novios y los amigos, pero no los

publicaba por timidez e inseguridad. Un día Lezama lo llamó y le dijo: "Eliseo, si usted no acaba de publicar ese libro, no me quedará más remedio que hacerlo yo, bajo mi firma". Decía papá que ese había sido el elogio más grande que le habían hecho por su libro, *En la Calzada de Jesús de Monte*.

Y una última anécdota. Mi padre aprendió el inglés de niño, se lo enseñó su madre, que había vivido los primeros doce años de su vida en Nueva York. Era un profundo conocedor de la literatura inglesa y una de sus novelas preferidas era *La isla del tesoro*, de Stevenson. Una noche, sonó el timbre del teléfono de nuestra casa de Arroyo Naranjo, papá respondió y oyó una voz que, sin identificarse, le preguntó, a boca de jarro: "¿Cuántos eran los hombres sobre el cofre del muerto?". Papá, sin titubear, dijo: "Quince" y la voz le respondió: "Gracias, yo sabía que si alguien en esta Habana podía responderme esa pregunta era Usted" y colgó el teléfono. Por supuesto, era la voz inconfundible de Lezama.

Acostumbraban a regalarse libros, los escritos por ellos o de autores que les gustaban. Hacían dedicatorias bellísimas, otras juguetonas, en forma de décimas. En dos de los tres tomos de la *Antología de la poesía cubana* realizada por Lezama, la dedicatoria es en forma de décima, en ese peculiar estilo barroco lezamiano, donde lo único que importa es el ingenioso manejo del idioma, el sinsentido que recuerda el *nonsense* de la poesía inglesa, lo que Lezama en una carta a mi padre llama "juegos aporéticos".

Conservo estos libros y les leeré algunas de esas dedicatorias. Creo que algún día se deberían recoger todas y publicarlas, así, manuscritas pues, a través de ellas, se les puede llegar a conocer, desde un ángulo más íntimo.

De la *Antología de la poesía cubana*, Tomo I (Consejo Nacional de Cultura, 1965):

Gran Maese Diego, salud y otras bellas: sus himnos a las calles que van desde el mar hasta el bosque, su llegada al entreabierto castillo, con las letras y las viñetas hechizadas de Boloña, su medida mágica del arco del brazo cuando deposita el oro de las barajas sobre el tapete verde, por esos dones y esas admiraciones, todos lo amamos y lo admiramos. Dígalos ahora el verso: (Viaje al tomo II).

De la *Antología de la poesía cubana*, Tomo II (Consejo Nacional de Cultura, 1965):

Primera décima para Eliseo Diego:
Zumo y volante pliego,
con un cordel anudado,
hinchido trazo de Diego,
grave apesadumbrado.
Envuelto lleva en el brazo
por el bosque perderse
y desafiar un hombrazo
que sueña en entreverse.
Su pestaña es una araña,
la araña nutre mi pestaña.
(Termina en el tomo III)

De la *Antología de la poesía cubana*, Tomo III (Consejo Nacional de Cultura, 1965):

Segunda décima para Eliseo Diego
Esfera de tres colores,
que el juglar va escarmentando,
como si fueran nombrando
ricas telas de amadores,
en cambiantes surtidores.
Casandra y su profecía
mueren con la luz del día,
transparentándose el vino.
Llega Elí, secular su refino,
quema vino al Mediodía.
Es su amigo
J. Lezama Lima
febrero 1966

También para Bellita, para Fefé, Eliseo (hijo). Mano en la mano, y Constante Dios por testigo. Vale J. L. L.

Hay otras más serias:
De *Paradiso* (Biblioteca ERA, 2da. Edición, México, 1970):

Para Eliseo Diego, con mi
admiración por su castillo poético,

al lado de la ceiba.

Su amigo,
J. Lezama Lima

De *Dador* (Impresores ÚCAR, GARCÍA. S. A., La Habana, 1960):

Para Eliseo Diego y Bellita, castillos
de la amistad, en campos donde cada
palabra es una hoja de trigo en
nuestro maravilloso estío.

Abrazos de J. Lezama Lima
Enero 1961

De *Enemigo rumor* (Ediciones ESPUELA DE PLATA, La Habana, 1941):

Para Eliseo Diego,
a su sutileza para obtener
las palabras espesas del XVI
y a su fortaleza para impulsar
las desalentadas del XX.

Con mucha amistad de
José Lezama Lima

De *La fijeza* (Ediciones Orígenes, La Habana, 1949):

En una calzada larga, larga,
Bella y Eliseo nos dicen
que cualquiera que sea la carga,
en una cercana mesa nos bendicen.

Envío de su amigo
J. Lezama Lima

Conservo en mis archivos otros documentos interesantes pero harían demasiado extensa esta exposición. Guardo fotocopia de una carta que mi padre le escribió a Lezama sobre algo un poco insólito que le ocurrió durante una visita que hizo a Nueva York en 1946. En una carta que le escribe a mi madre le cuenta que encontró en una librería —“la verdadera librería con que se sueña, la mismísima librería imposible”— nada más y nada menos que el último ejemplar de la revista *Orígenes* donde aparece el texto de Lezama sobre *Divertimentos*. La librería resultó ser la famosa Gotham Book Mart, aunque creo que

papá no sabía en aquella época que ese lugar era centro de reunión de importantes escritores norteamericanos del momento. Lezama le responde con una carta en su mejor estilo de “juego aporético”.

Lezama logró reunir a su alrededor a escritores de estilos y concepciones muy diferentes, sin jamás intentar siquiera influir en ellos o acercarlos a su universo poético. Respetó sus individualidades y publicó en su revista a escritores de todas las tendencias y estilos: Virgilio Piñera, Gastón, mi padre, Cintio, Fina, Octavio, Lorenzo García Vega, Justo Rodríguez Santos, todos diferentes, perfectamente integrados a las vanguardias artísticas de su tiempo, a sus pintores, maestros incuestionables de la plástica cubana como Portocarrero, Mariano, Amelia, a músicos, como Julián Orbón, y publicó a los grandes escritores contemporáneos de la época, convocados por su prestigio y, por supuesto, por la incansable gestión, inteligencia y cultura de José Rodríguez Feo. El magisterio de Lezama trascendió “su hora y su momento”, y prueba de ello es la celebración del centenario de su natalicio en todo el mundo y la razón por la que estamos reunidos hoy aquí.

Quisiera terminar esta exposición con la dedicatoria que escribió mi padre en su libro *En la Calzada de Jesús del Monte*, donde resume lo que, en mi opinión, fue el núcleo fundacional de este grupo: el culto a la amistad y el amor por la Poesía, así, en mayúsculas:

Este es un texto que dedico a la amistad, estas son unas palabras dichas por la tarde a unos amigos —para sabernos mejor la conmovedora belleza de este mundo—. Su escritura no es sino un ardid para engañar el tiempo, y que dure un poco más el eco suave.

Y lo encomiendo a Bella, clarísima razón de toda soledad, mi compañía; y a Fina, su hermana, que tanto me ha oído, por la gracia que con ella nos fue concedida; y a Cintio Vitier por el privilegio de conocerle, a él, que tan firme y con trémula pureza mira; y a Agustín Pi, misterioso y de veras, agudo y arduo; y a Gastón Baquero en recuerdo de las horas que nos salvó con la mejor magia, y a Octavio Smith, ardiente y justo, y a Julián Orbón, el músico.

Y finalmente, al Padre Gaztelu, la alegría de cuya amistad no sabré cómo agradecerle nunca; y a José Lezama Lima, el poeta —el mundo que él hizo ha hecho posibles tantas cosas—.

Es así que van escritos mis versos. Séanos concedido hablar, con más que tiempo, en otro espacio libre. Yo por esto ruego.